

La crisis económica en México

En los más diversos foros y medios de divulgación nacional, se admite la existencia de la crisis económica por la que atraviesa el país. Y aunque algunas fuentes reconocen la gravedad y permanencia del problema, las interpretaciones más difundidas no van más allá de considerar la actual situación como un nuevo «bache económico», invocando como causas: altas tasas demográficas, corrupción, «políticas equivocadas de recientes sexenios y en particular del último», etcétera.

*Problemas del Desarrollo*, ha venido insistiendo en que los problemas que aquejan a México y a la América Latina son de carácter estructural. Tal es el caso del que hoy nos ocupa; y es desde esa perspectiva que debieran estudiarse, y no confundirse las causas con los efectos, ni tomarse tan sólo aspectos parciales del problema; o, lo que sería más grave, soslayar el contexto histórico y las evidentes contradicciones en que se enmarca la actual crisis económica, como un fenómeno inherente al funcionamiento cíclico del capital, que cobra dimensión internacional al afectar al conjunto del sistema imperialista.

Esta crisis, a su vez, contiene profundas bases nacionales al ser expresión del proceso de exacerbamiento de la contradicción fundamental —producción social-apropiación privada—, impulsada por el dominio y avance del capital monopolista en las diversas economías de los países capitalistas.

La perturbación cíclica está a la vista: desmoronamiento de los sistemas monetarios y financieros, estancamiento de la producción; «guerras comerciales» que han desembocado en una contracción del comercio internacional, aumento en el precio del oro, amenazas de una nueva devaluación del dólar, caídas en las bolsas de valores y el latente problema de «escasez» de energéticos. Todo ello —juntamente con las contradicciones sociales y políticas— no es sino la expresión de descomposición y decadencia del capitalismo, así como su creciente rezago frente al sistema socialista en expansión.

En lo que toca a nuestro país, la política estatal (de común acuerdo con los lineamientos del FMI para hacer frente a la crisis económica) ha consistido en una estrategia de reformas y ajustes que, des-cansando en expedientes monetarios, financieros y comerciales y en

el control de las demandas económicas y políticas de los trabajadores, todos ellos de corte recesivo, pretende: evitar la caída de la tasa de ganancia; atenuar los desequilibrios comerciales y financieros; aminorar el ritmo inflacionario y disminuir el endeudamiento externo y los déficits en la balanza de pagos, reducir el ritmo de «dolarización» de la banca, así como estimular las exportaciones de mercancías a fin de aprovechar las relativas ventajas producidas por la devaluación.

Su optimismo no se ha hecho esperar, se habla de una sustancial disminución del déficit de la balanza comercial; de un descenso en el déficit gubernamental; de un aumento de la captación de capitales internos y parte de los «fugados» al exterior; del restablecimiento externo, de la «confianza» en la capacidad de endeudamiento de la economía mexicana, sobre todo a partir del descubrimiento de nuevos yacimientos petrolíferos, etcétera.

Sin embargo, muchos de los «logros» se reducen a una retracción general en las actividades económicas del país, de tal manera que, llegado el momento de un nuevo impulso, tendría que ser sobre las bases estructurales que caracterizan nuestra economía. El proyecto de industrialización (incluyendo la explotación de los nuevos mantos de petróleo) y los nuevos gastos y presupuestos gubernamentales, sólo serán factibles mediante un acelerado proceso de endeudamiento interno y externo, que hoy en día es calculado en un equivalente al actual Producto Interno Bruto.

Sin duda la crisis continúa y se revela en la permanencia de graves fenómenos como las aún elevadas tasas de inflación (con golpes sensibles a la economía popular ante el aumento de precios de productos como medicamentos, la leche, pan, huevo, etcétera); el creciente desempleo y subempleo ante las quiebras y despidos constantes de empresas textiles, constructoras, automotrices, avícolas, etcétera; y el hecho contundente de más bajo crecimiento del PIB en los últimos veinticinco años.

El devenir de la crisis económica en México mucho dependerá de las condiciones en el panorama internacional capitalista y en particular, de la suerte que corra la economía norteamericana. Pero, en todo caso, en las perspectivas de la economía nacional se vislumbra una profundización de la dependencia, un acentuamiento de los procesos de monopolización e internacionalización de nuestra economía, un constante deterioro de las condiciones de vida de amplias capas de la población, así como la creciente explotación de los trabajadores, como únicas alternativas viables para la burguesía mexicana.

EL COMITÉ EDITORIAL